

CAPITULO XXXVI.

Destruye el dolo intentado
Un corazon libre y recto:
De la fortuna el afecto
Hácia lo malo inclinado
Con desprecio se ha mirado.
BURNS.

Tratemos ahora de la Linda Doncella de Perth, á quien Douglas, despues de la escena dolorosa de Falkland, habia enviado con su hija la duquesa viuda de Rothsay, para ponerla bajo su proteccion. Moraba provisoriamente esta señora en una casa religiosa llamada

Campsie, cuyas ruinas ocupan todavía hoy una situación pintoresca en las márgenes del Tay. Levantábase sobre la cima de una montaña escarpada, que desciende á este bello rio, notable particularmente hácia este punto por la catarata llamada Campsie-Linn, donde se precipitan sus aguas en tumulto por encima de una cadena de rocas de basalto que detiene en ellas su curso como lo haría un dique levantado por la mano del hombre. Encantados por la belleza de un sitio tan poético, los monges de la abadía de Cupar levantaron allí un edificio, dedicado á un Santo apenas conocido, llamado San Hunnando, y acostumbraban retirarse allí, ya para gozar de la vista deliciosa de este paisaje, ya para entregarse con sosiego á la devoción. Habian franqueado apresurados este retiro para recibir á la noble dama, que vivía en esta ocasion allí, porque todo este país estaba bajo la influencia del poderoso lor Drummond, aliado de Douglas. Recibió la duquesa la carta del conde por mano del gefe de la escolta conductora de Catalina y Luisa. Cualquiera que fuese la razon que tuviera la viuda

para quejarse de la conducta de Rothsay, su fin trágico é inesperado hizo una viva impresion en esta noble señora, y pasó la mayor parte de la noche entregada á su pesadumbre y ejercicios piadosos.

Al dia siguiente por la mañana, que era el memorable domingo de Ramos, la duquesa hizo venir ante sí á Catalina y á Luisa. Ambas á dos estaban aun en grande abatimiento, causado por las escenas horrorosas, que tan recientemente habian pasado á su vista, y el exterior de la duquesa Marjory, como el de su padre, era mas propio para inspirar un temor respetuoso, que para ganar confianza. Hablólas sin embargo con bondad, aunque parecía estar ella misma sumergida en afliccion profunda, y llegó á saber por boca de ellas mismas todo lo que podian decir en cuanto al destino de un esposo imprudente y extraviado. Mostróse muy agradecida por los esfuerzos que Catalina y Luisa hicieron para salvar á Rothsay de la suerte fatal que le preparaba el hado. Convidólas para que se unieran á ella en sus oraciones, y cuando llegó la hora de

comer, les dió la mano á besar y las despidió, asegurándoles, y particularmente á Catalina, su proteccion que les garantia, decia, la de su padre, lo que seria para ambas un muro de defensa mientras ella viviera.

Despidiéronse de la princesa viuda para ir á comer con las dueñas y las damas, cuyo tono de dignidad imponente, que se dejaba ver en medio de su profunda tristeza, heló el corazon ligero de la cantora francesa, é hizo que aun el caracter mas serio de Catalina experimentase algun temor. Las dos amigas, porque así las podemos llamar, no sintieron el verse privadas de la compañía de estas damas, quienes por ser de noble cuna, se creieran abatidas, admitiendo en su compañía á la hija de un paisano y á una cantora errante, y quienes las vieron con gusto salir para dar un paseo por las cercanias del convento. Se avanzaba un jardinito, lleno de arbustos y de frutales al lado del monasterio hasta el precipicio, del que se hallaba separado solo por un parapeto construido al borde de la roca, y tan poco elevado, que la vista podia medir lo profundo del abis-

mo, y ver el agua del rio precipitarse haciendo espuma con mucho ruido por encima del arrefice que estaba á sus pies.

Paseábanse la Linda Doncella de Perth y su compañera, á paso lento, por un sendero que se extendia todo á lo largo de este parapeto en lo interior del jardin. Estaban ellas mirando una perspectiva pintoresca, que les daba á conocer lo que debia ser, cuando la estacion mas adelantada adornaba los árboles y la tierra con el aparato de las bellezas naturales. Guardaron por algun tiempo un profundo silencio. Por fin el genio alegre y vivo de Luisa supo elevarse sobre las circunstancias en que se hallaba todavía.

— ¿ Los horrores de Falkland, bella Catalina, dijo, tienen á vm. todavía sumergida en el abatimiento? Procure vm. olvidarlos como yo hago: no podemos caminar ligeramente por el sendero de la vida, si no sacudimos las gotas de lluvia que caen en la mantilla.

— Estos horrores son de tal naturaleza, que no es facil olvidarlos, respondió Catalina; pero la inquietud en que me hallo sobre la

seguridad de mi padre, es lo que me agita por ahora, y no puedo menos de pensar cuantos valientes pierden la vida en la hora presente, y nada mas que á seis millas de aqui.

— ¿Quiere vm. decir el combate de los sesenta campeones, del que ayer habló á vm. el escudero de Douglas? ¿Qué espectáculo seria para la vista de un trovador! Pero, ¡ay de mis ojos de muger! no han podido jamás mirar como se cruzan dos espadas, sin deslumbrarse; mas, ¡vea vm.! mire vm. allá abajo, Catalina, allá abajo ese mensajero que parece ir tan de prisa, sin duda trae noticias del combate.

— Creo conocer á ese que corre tan ligero, dijo Catalina; pero si es el que yo pienso, parece que algunos pensamientos extraños le dan alas para correr.

Mientras hablaba de este modo, el individuo que corria tan precipitado se dirigia como para venir al jardin. El perrillo de Luisa le salió ladrando al encuentro; pero volvió á toda prisa, y se escondió medroso detrás de su ama, sin dejar de gruñir; porque hasta los mismos

animales saben distinguir cuando el hombre se halla poseido de la energia fogosa de una passion violenta, y temen hallarse con ellos en su carrera, ó ponérseles al paso. Entró el fugitivo en el jardin sin detener su carrera. Traia la cabeza descubierta y esparcidos los cabellos. Su rica cota y sus demás vestidos parecian haber estado en agua poco tiempo habia; sus botines de cuero estaban cortados y desgarrados, y sus pies dejaban trazas de sangre por donde pisaba. Tenia el semblante huraño y espantadizo, ó, segun la expresion escocesa, exaltado (delirante).

— ¡Conachar! dijo Catalina al tiempo que él avanzaba sin advertir al parecer lo que tenia delante, como hacen las liebres, segun dicen, cuando los galgos las estrechan de cerca; pero se paró de repente al oír su nombre.

— ¡Conachar! dijo Catalina, ó por mejor decir, Eachin Mac-Ian, ¿qué quiere decir todo eso? ¿Ha perdido el clan de Qubele?

— Yo he tenido los nombres que me da esa joven, dijo el fugitivo despues de reflexionar un momento; sí, yo me llamaba Conachar

cuando era feliz, y Eachin cuando era poderoso; pero al presente ya no tengo nombre: Ningun clan tiene el que acabas de pronunciar, y es preciso te hayas vuelto loca para hablar de lo que no existe á quien ya no tiene existencia.

— ¡Ah! desgraciado....

— ¿Y por qué desgraciado? si yo soy un cobarde y un traidor, ¿La traicion y cobardía no mandan á los elementos? ¿No he arrostrado las aguas del Tay sin ahogarme? ¿No he corrido por la tierra sin que se abriera para tragarme? ¿Qué mortal podria oponerse á mis designios?

— ¡Ah! está delirando, dijo Catalina; diga vm. que vengan á socorrerle, Luisa; él no me hará mal ninguno, y yo recelo que se le haga á sí mismo. Atienda vm., qué mirada lanza á la terrible catarata.

Luisa se apresuró á ejecutar lo que Catalina le decia, y al parecer el espíritu agitado de Eachin se calmaba por su ausencia: — Catalina, dijo él, ahora que se ha ido esa muger, yo confesaré conocerte. Yo sé cuan amante eres de la paz, y cuanto detestas la guerra: óyeme;

yo he renunciado de todo lo que el hombre tiene de mas querido, antes que dar un golpe á mi enemigo; perdí el honor, la fama, los amigos, pero, y, ¡qué amigos! añadió cubriéndose con ambas manos el rostro! ¡Oh! su amor era mayor que el de una muger. ¿Por qué ocultaré yo mi llanto? Todo el mundo ha visto mi vergüenza, todo el mundo debe ver mi pesadumbre: sí, todo el mundo puede verla, ¿pero quién me tendrá lástima? Catalina, mientras yo corria por la largo del valle como un insensato, los hombres y las mugeres me decian á gritos: — ¡Quita, fuera! El mendigo, á quien yo eché una moneda de plata para comprarle una bendicion, volvió la cabeza exclamando: — ¡Maldito sea el cobarde! Cada campana que oia me parecia repetir: ¡— Qué afrenta para el fugitivo! Los ganados balando y mugiendo, los vientos silbando, estas aguas furiosas zumbando, parecian decirme: — ¡El cobarde es un infame! Mis fieles leichtachs me persiguen y me gritan con debil voz: — ¡Da un solo golpe para vengarnos! ¡Hemos muerto por tí!

En tanto que pronunciaba el infeliz joven

estas frases incoherentes, se oyó un pequeño ruido entre los matorrales.

— No hay mas que un solo medio ; exclamó él saltando encima del parapeto y mirando asombrado hácia la maleza que atravesaban con precaucion dos criados con el intento de sorprenderle ; pero desde el instante en que vió salir una figura humana, levantó las manos por encima de la cabeza con un semblante trastornado, y exclamó : — *¡Bas air Eachin!* arrojándose á la catarata que tenia bajo los pies haciendo espuma.

Es inútil decir que la pelusa de un cardo sola hubiera podido escapar sin hacerse pedazos en una caída semejante, pero las aguas del rio estaban en creciente y los restos del desdichado nunca pudieron hallarse. La tradicion da mas de un suplemento á su historia. Segun unos, el jóven gefe del clan de Quhele fué por el rio á nado mucho mas allá de Campsie-Linn, y, en tanto que andaba errante, entregado á la desesperacion por los desiertos de Rannoch, halló al padre Clemente, que ocupaba una celda en esta soledad, como los mon-

ges antiguos de Escocia, llamados *Culdes*. Este, dicen, convirtió á Conachar, quien vivió con él en su celda, practicando la vida ascética, ejercicios piadosos, y sujetándose á las privaciones como el padre, hasta que murieron los dos.

Otra leyenda, mucho mas extraña, supone que le libraron de la muerte las *Daione-Shie*, es decir las Hadas, y que anda todavía errante en los bosques y parages solitarios, armado como los antiguos montañeses ; pero que lleva la espada en la mano izquierda. El fantasma siempre parece sumergido en la mas profunda melancolía. Algunas veces parece que trata de atacar al viagero ; pero, cuando se le resiste con valor, siempre huye. Esta leyenda se funda en dos puntos principales de su historia, su timidez natural, y el suicidio que cometió, circunstancias sin ejemplo en la historia de un gefe montañés.

Despues de haber hecho lo posible Simon Glover para que su amigo Enrique Smith, hospedado en su casa de Curfew-Street, no careciese de ningun socorro que pudiera necesitar, llegó en la tarde del mismo dia á Camp-

sie, donde vió á su hija con una fuerte calentura, efecto de la agitacion causada por la escena que poco antes habia presenciado, y sobre todo por la catástrofe que de repente la habia separado del desdichado compañero de su niñez. El afecto de Luisa la trasformó en una verdadera enfermera, tan atenta y cuidadosa, que Glover declaró no consistia sino en ella el que tuviera necesidad de poner en lo sucesivo la mano en el laud, salvo si queria divertirse.

Se pasó algun tiempo antes que Simon se resolviese á informar á Catalina de las últimas hazañas de Enrique y de las heridas graves que habia recibido en el combate; y cuidó, para que lo supiera, de hacer valer en su ánimo la circunstancia que podria serle agradable; que su amante fiel habia rehusado los honores y las riquezas, por no venir á ser soldado de profesion y alistarse con Douglas. Catalina suspiró profundamente al escuchar la relacion del combate sangriento que se habia dado el domingo de Ramos en el North-Inch. Mas ella debia haber reflexionado, que los hombres rara vez se adelantan á su siglo en civilizacion, y que

un valor temerario y excesivo como el de Enrique, debia preferirse en el siglo de hierro en que vivia, en comparacion de la cobardía que causó la catástrofe de Conachar. Caso de tener ella sobre esto algunas dudas se disiparon á tiempo conveniente por las protestas de Enrique, luego que restablecida su salud pudo abogar por su causa.

— Catalina, le dijo él, casi me avergüenzo al decirlo, y le aseguro á vm. que la idea sola del combate me repugna en el dia. El del domingo de Ramos ha presentado carne para saciar á un tigre. Yo estoy resuelto á colgar mi espada grande y á no desenvainarla como no sea contra los enemigos de Escocia.

— Y si la Escocia necesitara de ella, respondió Catalina, te la ceñiria yo misma.

— Y nosotros, hija mia, dijo Glover lleno de júbilo, pagaremos liberalmente las limosnas de misas que se mandarán celebrar por el descanso de las almas de aquellos á quienes la espada de Enrique abrevió los dias de vida. Esto hará que se olviden algunos pecadillos, y nos pondrá en amistad con la santa Iglesia.

— Y podíamos emplear en ello los tesoros que me legó el miserable Dwining; porque yo creo no querrá vm. que una fortuna, tal vez precio de sangre, se mezclara con la que vm. debe á su industria honrada.

— Lo mismo que me gustaria introducir la peste en mi casa, dijo Simon en tono decisivo.

De consiguiente los tesoros del malvado boticario se distribuyeron á los cuatro monasterios de Perth; y desde tal época ni la mas leve sospecha hubo en cuanto á los principios ortodoxos del viejo Simon y de su hija.

El matrimonio de Enrique y Catalina tuvo efecto cuatro meses despues del combate de North-Inch, y nunca las corporaciones de guanteros y armeros ejecutaron la danza del sable con mas regocijo, que al celebrar la boda del mas esforzado paisano y de la mas arrogante moza de Perth. Diez meses despues habia ya en una cuna, preparada con esmero, un hermoso niño que mecía Luisa cantando:

¡O gorro azul siempre fiel, altivo!

Los nombres de los padrinos y madrina con-

tenidos en la partida de bautismo de este niño son: — Alto y poderoso señor Archibald, conde de Douglas; honorable y valeroso caballero sir Patricio Charteris de Kinfauns; princesa Marjory, viuda de Su Alteza Serenisima Roberto, en vida duque de Rothsay. Con tales protectores se levanta una familia con rapidez. Por lo tanto varias de las familias las mas respetables de Escocia y sobre todo del condado de Perth, y gran número de individuos distinguidos en la carrera de las artes y de las armas, se glorian de que se les tenga por descendientes del *Gow Chrom* y de la *Linda Doncella de Perth*.

* Se ha suscitado poco ha contra el nombre y talentos del autor sir Walter Scott una oposicion mucho menos literaria que politica; pero se han desprendido de la prevencion que tenian contra un autor favorito que no podian menos de leer y releer, tan luego como la *Linda Doncella de Perth* vino á disipar enteramente las nubes sombrías. Ha merecido esta novela un aplauso semejante al que tuvieron *Ivanhoe* y *los Puritanos de Escocia*. No concluimos por esto que pueda ponerse en paralelo con aquellas dos obras maestras, á pesar de lo feliz que ha sido Walter Scott, en trazar el carácter del anciano rey Roberto III, digno del mérito del Prusias de Corneille, y el del joven Rothsay, que recuerda al Enrique V de Shakspeare; pero sin hacer memoria de algunos otros retratos no menos notables, ni de algunas escenas de un conocido interés dramático, lo que, á nuestro parecer, puede colocar á la *Linda Doncella de Perth* en el

rango de las mejores obras de Walter Scott, es el mérito histórico de esta novela, donde hallamos una pintura al vivo de una época tan poco sabida, que es, para decirlo así, una prosopopeya excelente de la Escocia en la edad media, con el numeroso cortejo de sus príncipes, nobles, su clero, sus paisanos y sus hombres de armas, de los clanes salvages de sus montañas, y en fin de todas las clases de la poblacion. Hemos aplaudido ya este mérito en mas de una obra de este autor; pero en muy pocas, á nuestro juicio, se halla un cuadro tan completo y variado como en *la Linda Doncella de Perth*.

El lector nos agradecerá que se añadan algunas lineas sobre la familia del desgraciado Roberto: este monarca hizo salir á su hijo Jacobo para Francia, por librarle así de los peligrosos proyectos de Albany; pero el joven príncipe, que no tenia entonces mas que once años, fué tomado prisionero por un corsario inglés y llevado á Londres. El rey Enrique, violando la tregua que habia entonces entre la Escocia é Inglaterra, le retuvo cautivo; el pesar que le ocasionó esta nueva hizo morir á Roberto III despues de un reinado de diez y siete años.

El duque de Albany entabló negociacion para el rescate de su sobrino, y sacó un impuesto con pretexto de pagarle; mas, como el rey de Inglaterra y el regente de Escocia estaban igualmente interesados en que se dilatara este negocio todo lo posible, al cabo de diez y ocho años de cautiverio, fué cuando Jacobo alcanzó su libertad, despues de la muerte del rey Enrique V mediante la suma de 40,000 libras esterlinas, que pidió por ella el protector Bedford. Por este tiempo ya no vivia el duque de Albany; le habia sucedido en la regencia su hijo Murdoch como si esto fuera un cargo hereditario. Subió al trono Jacobo I con general aclamacion de sus vasallos, y tuvo bastante poder para hacer que juzgasen y ejecutasen á su primo el regente. El reinado de Jacobo I, hijo de Roberto III, fué uno de los mas gloriosos en la historia de la dinastía de los Estuardos. (*Nota del traductor francés.*)

FIN DEL TOMO CUARTO Y ULTIMO.

Russell

del autor

